

**En busca de una cultura de paz frente a la violencia:
El caso de la trata de personas**

*Looking for a Peace Culture Against Violence:
The Case of Human Trafficking*

Dora Elvira GARCÍA GONZÁLEZ
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
dora.garcia@itesm.mx

*LANECESIDADDECOMPRESIÓN
DEL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA*

Pensar el fenómeno de la violencia nos remite a diversos autores que han emergido, principalmente, desde la Modernidad y con una fuerza mayor a partir del siglo pasado, en el marco de las grandes guerras, como es el caso de Walter Benjamin. Este filósofo, junto con otros pensadores más contemporáneos como René Girard, Pierre Bourdieu y Johan Galtung, entre otros, repensaron y siguen reflexionando la violencia en sus diversas formas y especificidades. Todos ellos buscan entender y explicar esta realidad en aras de alcanzar su superación y cancelación para el logro, al menos incipiente, de la paz. Aunque el trabajo de los autores mencionados sirven de pauta teórica

para analizar la violencia, por cuestiones de espacio y por la naturaleza de esta nota no se profundiza acerca de las líneas teóricas de cada uno de ellos. Lo que se pretende en este espacio es estimar que sus teorías tienen preocupaciones comunes y entrecruzamientos —que sólo se mencionan— para comprender de manera sucinta sus derivaciones en los diversos tipos de violencia. Esto es relevante dado que su presencia teórica impacta en las reflexiones que se hacen en relación con la violencia de género, en específico la trata, y la única forma de acabar con esta anomalía es superar la violencia y la búsqueda de una cultura de paz.

El trabajo que se ha realizado en torno a este tema, desde la filosofía, en realidad ha sido muy limitado, se ha considerado el tema de la revictimización

desde la construcción de la opinión pública, pero no se ha trabajado en específico el tema de la trata. Por ello, en este texto se busca la incursión y vinculación de reflexiones filosóficas en relación con el tema de violencia y de trata.¹ De este modo, el presente escrito realiza reflexiones críticas en torno a la violencia, en el intento de lograr su comprensión, sobre todo en lo que respecta a la violencia estructural y cultural. Estos tipos de violencia recaen de manera principal, aunque no únicamente, en lo que respecta a la violencia de género, cuyo efecto es palpable tanto a nivel global como doméstico, en el fenómeno criminal de la trata de personas. Al final se menciona, de modo muy breve, algunas herencias teóricas que permiten ver de algún modo, la superación de la violencia para el posible logro de la paz.

LA VIOLENCIA ESTRUCTURAL Y LA VIOLENCIA CULTURAL

El estudio del fenómeno de la violencia es complicado, sin embargo, a estas alturas de la historia tenemos algunas líneas teóricas planteadas que nos ayudan a repensar tal fenómeno, con sus diversas

¹Del lado de la sociología se ha hecho más trabajo y hay más textos, casi todos ellos dedicados al entorno de la trata, es decir, desde los tratantes, el contexto familiar y comunitario de las víctimas, etcétera.

facetas y formas. Aquí intentaremos visualizar tanto la violencia directa –que es la más evidente–, como la estructural y la cultural. La primera, por ser la más inquestionable es la que se conoce, dejando de lado en muchas ocasiones la consideración de las otras dos, que son más difíciles de hacerse patentes. Por ello es que la violencia sin rostro –de la que hablaba Benjamin– y que se manifestó en el fascismo precedido por la violencia de la modernidad, tiene que ver con la violencia institucionalizada y culturizada en la sociedad. El progreso –según este filósofo alemán– había dejado a distancia la buscada humanidad, separándose de ella al indagar otras cosas al precio que fuera, y ese precio fue generalmente mostrado mediante la violencia. La búsqueda de lo genuino y de lo no tergiversado, es decir, aquel aura² de las cosas, se dejaba apartado y era relegado para orientarse al frenesí del consumo y la vorágine del mundo moderno. Con ello, el alejamiento de las verdaderas experiencias humanas hacía, y hace posible, la barbarie, situada en los seres humanos unidimensionales.³

²Para Benjamin, el aura significa la autenticidad, la singularidad, lo que nos caracteriza como personas, lo espiritual, que en ocasiones es inaccesible. Es lo propiamente humano expresado en cada uno de nosotros. Benjamin habla de la “decadencia del aura” que significa la pérdida de la experiencia de lo humano en la vida moderna.

³Este concepto acuñado por Herbert Marcuse (1968) y estudiado en su libro *El hombre unidimensional* alude a la reducción de los seres hu-

Debido a esto, Benjamin reflexionó sobre la estructura de la violencia y de las recurrentes coordinadas de ella y no sobre los episodios violentos, ocasionales y circunstanciales. Su análisis se introdujo hacia aquella violencia soterrada que se presenta en los cambios humanos, como son los cambios industriales, los cambios sociales, los estéticos, los culturales y las transformaciones políticas que la modernidad estimuló. El texto *Para una crítica de la violencia* de Benjamin, data de 1921 y todavía hoy día nos dice mucho aún cuando las circunstancias y problemáticas han cambiado tanto por el paso del tiempo. Benjamin habla de la violencia estructural necesaria para la fundación y el mantenimiento del Estado. Su pregunta final en el texto citado cuestiona la posibilidad de la resolución de los conflictos sin violencia, y responde: “sin duda lo es [posible]” (Benjamin, 1995:34).⁴ El contenido humanista y esperanzador del texto benjaminiano tiene un ánimo optimista al apuntar que

manos con una pérdida del sentido crítico, una unidimensionalidad de la razón tecnológica, una unidimensionalidad humana en la que el capitalismo determina todos los procesos de las personas y sus necesidades, en donde hay una homogeneidad en el consumismo y la adaptación al sistema, en donde no tiene cabida ni la oposición, ni la crítica.

⁴Aquí me apoyo en las definiciones de Johan Galtung (1969), con las que sostiene que: “existe conflicto cuando hay incompatibilidad de metas, y surge la violencia cuando aparecen las acciones que lastiman a las personas y sus necesidades básicas en el intento de alcanzar las metas”.

“donde quiera que la cultura del corazón haya hecho accesibles medios limpios de acuerdo, se registra conformidad no violenta” (Benjamin, 1995:34). Los medios no violentos tienen lo que él llama “precondiciones subjetivas” como son la amabilidad sincera, el amor a la paz y la confianza. El diálogo constituye el elemento central del acuerdo civil, en él podemos encontrar “acuerdos humanos pacíficos” y de “entendimiento mutuo” (Benjamin, 1995:34). A pesar de que Benjamin sucumbe como víctima de un momento violento, apunta a esa posibilidad del alcance de acuerdo pacífico, cuando afirma que “incluso la mentalidad más dura preferiría, muy a menudo, medios limpios y no violentos, por temor a desventajas comunes que resultarían de un enfrentamiento violento, sea cual fuere el vencedor” (Benjamin, 1995:35). De este modo, con la presencia de la violencia todos pierden, y los efectos están en las evidencias de la historia humana en la diseminación de víctimas en el mundo. De ahí que pensar en la violencia, nos enfrenta a la radicalidad de las preocupaciones benjaminianas que se destinan a preguntar ¿qué hacer con las víctimas de la violencia, con los perdedores y los vencidos? Así mismo, nos encaran a preguntar lo que otros pensadores han señalado como ¿qué hacer con los seres humanos superfluos, de los que habló Hannah Arendt?, ¿qué hacer con las vidas desperdiciadas de

Zigmunt Bauman?, ¿cómo afrontar este tema con las vidas no vivibles de Butler?, ¿qué hacer con los desechos de la historia de Benjamin?, ¿cómo saldar esa deuda?

La respuesta que provee Benjamin en su vida entre guerras —que tanto escombros acumuló—, hace que su obra se convierta en sombría, melancólica y fragmentaria. Su recurrente consideración del pasado oprimido es determinante en su pensamiento, de ahí que evoque con gran tristeza e impotencia las ruinas de la historia. Por ello, el cuadro *Angelus Novus* —comprado a Paul Klee— constituyó el motivo de reflexión de su *Tesis de filosofía de la historia*. Las injusticias quedan como ruinas del pasado que no hay quién mueva, y esta cuestión que parecería dar cuenta de que las víctimas no tienen futuro, no es aceptable para Benjamin. Es por ello que él trata de saldar esas realidades de injusticia mediante la articulación de su materialismo dialéctico con una teología atea, que da la posibilidad de “no olvidar”. Esta cuestión lanza al futuro una situación que este filósofo alemán vislumbró en su frase tan conocida: “sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza”.⁵ De este modo, estas reflexiones nos ayudan a pensar en un fenómeno en el que la violencia es patente, y sólo podrá revertirse pensando

en un cambio en las mismas estructuras en las que se asienta. El diagnóstico que estos autores llevan a cabo, muestran los derroteros que es preciso recorrer.

LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL MARCO DE LOS DIVERSOS TIPOS DE VIOLENCIA

Las reflexiones que algunos especialistas han realizado en torno a la violencia, y sus perspectivas y modalidades, pueden vincularse con el tema de la violencia de género. Tales preocupaciones tienen enorme relevancia porque los diferentes tipos de violencia hacia las mujeres han sido recurrentes en la historia de la humanidad y no han cesado en nuestros días. Si bien es cierto que no son los únicos grupos vulnerados por la violencia, sí constituyen, sin embargo, el grupo mayoritario quebrantado por la violencia en los diversos tipos, aún en las sociedades más avanzadas. Así, desde la violencia evidente, a partir de agresiones físicas, hasta aquellas que no se palpan (Galtung, 1969), son violencia. La violencia estructural de la que habla este autor está en las estructuras e instituciones, además de la cultural que ha echado raíces de manera soterrada en las formas culturales, igual que lo apunta Benjamin, la cual, según Bourdieu, se manifiesta —en muchas ocasiones— mediante elementos simbólicos (1999). Éste último sostiene que la violencia

⁵Esta cita de Benjamin cierra el libro de Marcuse, *El hombre unidimensional* (1968:272).

simbólica se compone de todas aquellas expectativas colectivas y creencias socialmente inculcadas que hace parecer natural toda forma de dominación/sumisión. Es importante señalar que el concepto de violencia simbólica es afín a la violencia estructural y a la violencia cultural como las entiende Galtung.⁶ Estas formas de violencia, escondidas en las formas de acción social, evidencian violencias legitimadas y normalizadas, adoptadas cotidianamente en la sociedad. Ellas son las que habilitan, justifican y propician la aceptación del fenómeno de la trata sin mayores cuestionamientos.⁷

Si entendemos la violencia como

⁶El concepto de violencia simbólica defendido por Bourdieu es afín al de violencia cultural acogido por Galtung, y podemos decir que incluye también al de violencia estructural, pues ambas violencias son consecuencia de las mismas creencias.

⁷La dependencia y la minusvaloración de las mujeres impulsa la trata porque se consideran por la sociedad, y a sí mismas, como “seres para otros”. En este sentido, las costumbres heredan visiones de que una mujer sola no vale para nada y esto promueve el aceptar estar con cualquier varón al costo que sea. Una de las derivaciones de esto la podemos encontrar en los matrimonios serviles que heredan esta visión. La necesidad de verse siempre con un varón en la idea de que las apoyará o las mantendrá, estimula uno de los *modus procedendi* que utilizan los tratantes, a saber: el enamoramiento seguido por el ofrecimiento de matrimonio y de ahí al mandato de apoyo a la economía de la casa mediante la prostitución obligada. De todo esto se deriva la reclusión, la explotación y el maltrato, circunscritos siempre por diversas formas de violencia.

aquella actitud de comportamiento que constituye una violación o la privación al ser humano de algo que le es esencial como persona (integridad física, psíquica o moral, derechos, libertades), significa que tal violencia no es sólo una forma de hacer, sino así mismo de “no dejar hacer”, esto es, de negar las posibilidades de desarrollo como personas. Hay evidencias en nuestra sociedad de que estas situaciones de limitación en la agencia son situaciones normalizadas de agresión.

Los 191 estados miembros de las Naciones Unidas acordaron trabajar hacia el logro de metas a 2015, que son las Metas del Desarrollo del Milenio (por sus siglas en inglés, MDG). Las ocho metas planteadas dependen de manera importante de la mejora del estatus de las mujeres, quienes juegan un rol clave en cuestiones de salud y educación tanto en las familias como en las comunidades alrededor del mundo. La mejora de ese estatus consiste en superar la exclusión, en lograr la equidad, en respetar los derechos básicos. Sólo así se erradicará la exclusión sistemática de las mujeres de las fuentes requeridas para desarrollar su potencial humano completo, y con ello se irán desmantelando las barreras significativas contra el desarrollo de ellas (Mukherjee, 2010). Con ello se erradicará la violencia, ya que se superará “la exclusión sistemática de un grupo, de las fuentes necesarias para el desarrollo de

sus potencialidades humanas completas” (Galtung, 1969:167). Esta expresión es útil al insistir en la libertad de las mujeres de moldear su vida a su arbitrio, de posibilitar su agencia. Por ello es apreciable y útil el concepto de violencia estructural en tanto describe la violencia que emana de las mismas instituciones (de manera oculta). Las desigualdades y exclusiones de género brotan en el entramado estructural de las sociedades, y al legitimarse y entrelazarse en los usos y costumbres de las sociedades se convierten en formas de violencia cultural (que se presenta mediante formas simbólicas) cuyos efectos son devastadores, como afirmamos con Benjamin y Galtung. En esta violencia cultural se entretuje la violencia simbólica de la que habla Pierre Bourdieu. Tal “violencia simbólica es esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales, apoyándose en unas ‘expectativas colectivas’ en unas creencias socialmente inculcadas” (Bourdieu, 1990a:173). Como ya señalábamos antes, esto significa que esta violencia que “arranca sumisiones” no se percibe como tal porque se apoya en creencias “socialmente inculcadas” dado que convierte las relaciones de dominación y de sumisión en relaciones afectivas, transformando el “poder en carisma” (Bourdieu, 1990a:172-173). Es decir, el dominio persiste pero se disfrazo con formas simbólicas valoradas. Aquí se involucra –para Bourdieu– el tema de la

deuda o el don, que significa que “el dar” conlleva una manera de poseer y atar al otro engañosamente. Ésta es la violencia simbólica que transforma las relaciones de dominación en formas de sumisión con base en relaciones afectivas, trastocando el poder en carisma. Ahora bien, “esa alquimia simbólica” genera beneficios simbólicos susceptibles de transformarse en beneficios principalmente económicos, como es el caso de la trata. Es lo que Bourdieu llama capital simbólico (Fernández, 2005:9).

La violencia explícita o directa –de los autores considerados– y la simbólica coexisten sin problema alguno, y la segunda actúa a través de las mentes y los cuerpos, de modo que se realiza como formas interiorizadas de conformidad con las clases influyentes que transmiten reglas y comportamientos sociales. Es, además de la normalización ejercida por el disciplinamiento de las instituciones, la presión y opresión continua e inadvertida de cómo se suceden las cosas (Bourdieu, 1999b:186). La violencia simbólica es una violencia inadvertida, y por ello se mantiene en el silencio y en la invisibilidad, tal como sucede en la violencia cultural. Esto es claro –en el pensamiento de Bourdieu– en el caso de la dominación masculina (Bourdieu, 2000) y la violencia de género, reproducidas de muy diversas y plurales formas. La violencia simbólica está constituida por el conjunto de ideas,

ideologías, creencias y sentimientos que de alguna manera hacen posible que exista violencia hacia ciertos grupos de personas. Una de las formas de violencia simbólica se ubica en los medios de comunicación. Estos últimos sistemáticamente utilizan estereotipos —que violentan real y simbólicamente, muestran la unidimensionalidad de los seres humanos— y estigmatizan a ciertos grupos —entre ellos a las mujeres— con connotaciones profundamente negativas. Así, esta violencia simbólica enraizada en la violencia cultural se halla inserta en nuestro hacer cotidiano y está subsumida en nuestras rutinas y en nuestras percepciones valorales. Ella se vierte en las manifestaciones que impulsan la reproducción de estos modelos estereotipados para aceptar el uso de las mujeres y sus efectos en la trata. Esta situación queda en el imaginario social de modo tal que se presenta como algo natural, que no conlleva problema alguno. Las consecuencias son múltiples e inician con la perversión de la dignidad propia de las personas, con la despersonalización y la nulificación de ellas.

LA TRATA DE MUJERES: EFECTO Y MUESTRA DE LA VIOLENCIA

Ya apuntábamos que la lógica de la ceguera se expresa en ejemplos como la trata de mujeres, fenómeno conocido como una forma de esclavización del

siglo XXI y una forma perversa de exclusión (García, 2010). La obligada tarea a llevar a cabo es la de desbrozar y desteter toda esa trama simbólica y cultural, y así, de manera reflexiva y crítica, es posible ir al fondo de la cuestión, desnaturalizando tales realidades. Con ello se salvará la violencia de género y se resguardará de sus nefastas consecuencias, entre ellas, la trata, porque como decíamos antes esta percepción se relaciona con la visión tradicional (androcéntrica) asentada en nuestra forma de ver la realidad, y que se expresa en nuestras costumbres. Gran parte de estas costumbres reproducen este modelo que incide en las exclusiones y la persistencia de violencias de género generalizadas. Éstas se legitiman y perpetran gracias a ciertos “mitos prescriptivos en torno a las mujeres y alrededor de las mujeres, es decir “invenciones estereotípicas que han ‘naturalizado’ la posición subalterna de las personas que son identificadas como mujeres” (Biglia, 2007:27). La construcción de modelos en los que se adscriben características a las mujeres como la pasividad, la dependencia, la cosificación y la fragilidad, entre otras características erigidas sobre las mujeres, han hecho posible la subordinación de ellas. Así mismo, la negación de la agencia en las mujeres lleva a considerarlas inferiores y a reprimirlas, de ahí que el fenómeno de la trata se vuelva tan “natural”, y por ello se ha logrado

expandir a lo largo y ancho del mundo. Dadas tales carencias infringidas a las mujeres en conjunto con su inferiorización, se facilita la recurrencia a este delito y por ello se constituye en la tercera infracción ilícita más redituable después del narcotráfico y la venta de armas. La trata es esclavitud en la medida en que las víctimas son privadas de esa agencia y de libertad y son obligadas a un tipo de trabajo no deseado. Aquel “progreso” señalado por Benjamin, en donde se engrandecen cuestiones como la mercantilización en todos los registros, y el ánimo de la posesión de cosas y personas, es lo que ha ido socavando a la humanidad en todos sus sentidos. Esto muestra la citada unidimensionalidad del ser humano y la pérdida del aura, rubros señalados al inicio del presente escrito. Desde ahí, la trata constituye un efecto de la violencia en toda su amplitud. Por un lado, tiene que ver con la apropiación del trabajo de la otra persona a la que se trata; desde otra mira, se aprecia el control por otra persona y finalmente se ostenta el uso de la amenaza de la violencia directa. La sofisticación de los procesos que utilizan los criminales para la trata incluyen coacciones, extorsión, robo de documentos, encierro, asalto sexual, lenocinio, violación y en muchas ocasiones tal grado de violencia explícita hacia esas mujeres lleva hasta la muer-

te.⁸ La violación a los cánones humanos y legales en la trata, se ha generalizado a tal grado que se ha convertido en un fenómeno perfectamente adaptado a la nueva economía global. Y como hemos ya dicho, todo queda reducido al beneficio mercantil y de consumo.

¿APELARA HERENCIAS TEÓRICAS FRENTE A LA VIOLENCIA PARA EL ALCANCE DE LA PAZ?

La exigencia de enfrentar las situaciones de violencia, y todos los ilícitos que van aparejados con ellas, componen un imperativo ético-social. Los cielos escamparán probablemente si apelamos a propuestas hechas a lo largo de la historia del pensamiento que nos dan esperanza. No podemos dejar de ver cómo es que la violencia se ha aposentado en la vida humana, o diríamos con René Girard: ¿ha estado siempre ahí y forma parte de ese mundo humano?, es, ¿ineludible? Y por ello, ¿en el Estado se naturaliza?, y debido a lo anterior, ¿es necesario que siga habiendo sacrificios porque es un modo eficaz para que las poblaciones permanezcan tranquilas y no se agiten? (Girard, 2005:21-22) ¿O debemos in-

⁸Las ofensas que se llevan a cabo en el ilícito de la trata no se quedan ahí, sino que se hacen contra el Estado, e implican varios delitos tales como violación de las leyes de inmigración, falsificación de documentos, corrupción de los oficiales del gobierno, evasión de impuestos y lavado de dinero.

tentar erradicar estas violencias? Esta posición crítica nos deja en un callejón sin salida. Autores lúcidos y de inteligencias extraordinarias, como Kant, han señalado que habremos de trabajar por la paz aunque no sepamos si es algo real o es un sinsentido, de manera que debemos obrar como si fuera una cosa posible, y en tanto tarea a realizar.

Ernst Bloch (2006) –en sus reflexiones en torno a la esperanza–, sostenía que el pacifismo no significa terminar a cualquier precio con las guerras, sino impedir en sus causas guerras futu-

ras desde un principio de esperanza. Ciertamente, la dificultad para desbrozar todos estos temas es enorme. Sus múltiples facetas y su complejidad constituyen mayúsculos retos, pero la reflexión –apoyada en pensadores penetrantes– ayuda a comprender, y tal comprensión nos permitirá buscar intersticios por los que sea posible alcanzar soluciones. No parece factible ni justo que tengamos que resignarnos y conformarnos con vivir en la violencia y aceptarla como *fatum* irremediable.

REFERENCIAS

- BENJAMIN, Walter, 1995, *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán.
- BIGLIA, Barbara, 2007, “Resignificando ‘violencia(s)’: obra feminista en tres actos y una falso epílogo”, en Barbara Biglia y Conchi San Martín, coords., *Estado de wonderbra. Entretejiendo narraciones feministas sobre violencia de género*, Barcelona, Virus editorial.
- BLOCH, Ernst, 2006, *El principio esperanza*, Madrid, Editorial Trotta.
- BOURDIEU, Pierre, 1999, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre, 2000, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- GALTUNG, Johan, 1969, “Violence, peace, and peace research”, *Journal of Peace Research*, vol. 6, pp. 167-191.
- GALTUNG, Johan, 2003, *Paz por medios pacíficos. Paz y conflictos, desarrollo y civilización*, Bilbao, Bakea/Guernica Gogoratuz.
- GARCÍA, Dora Elvira, 2010, “Perversas formas de exclusión: la trata de personas como una nueva forma de esclavitud”, en Dora Elvira García, coord., *Dignidad y exclusión. Retos y desafíos teórico-prácticos de los derechos humanos*, México, Porrúa/UNESCO, pp. 67-100.
- GIRARD, René, 2005, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.

- FRAIJÓ, Manuel, 1994, “Walter Benjamin: las reflexiones de una víctima de la violencia”, en J. A. Binaburo y X. Etxeberría, edits., *Pensando en la violencia*, España, Centro de Investigación para la Paz.
- KANT, Immanuel, 2005, “Hacia la paz perpetua”, en Immanuel Kant, *Ensayos sobre la paz, el progreso moral y el ideal cosmopolita*, España, Cátedra.
- MARCUSE, Herbert, 1968, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz.
- MUGUERZA, Javier, 1992, “De la realidad de la violencia a la no-violencia como utopía”, *Revista Internacional de Sociología*, mayo-agosto, núm. 2, p. 118.
- MUKHERJEE, Joia S. *et al.*, 2011, “Structural Violence: A Barrier to Achieving The Millenium Development Goals for Women” *Journal of Women 's Health*, Mary Ann Liebert Inc., vol. 20, núm. 4, DOI:10.1089/jwh.2010.2375.